

Palabras e imágenes para una poética del hambre

POR CLAUDIA MARCELA SEGRETIN Y ANDREA VISINTIN

Weiss, Monica

Schujer, Silvia

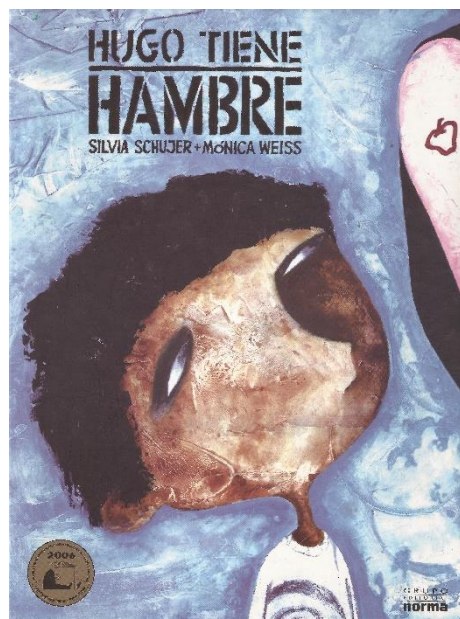
Hugo tiene hambre

Bogotá

Grupo editorial Norma

2006

48 págs.



Palabras e imágenes para una poética del hambre

Claudia Marcela Segretin¹

Andrea Visintin²

El hambre y el hambre de los niños, en particular, son temas con vasta genealogía en la literatura universal, con una clara presencia en la literatura de origen

¹ Prof. en Letras (UNMDP). Diplomada en Lectura, escritura y educación (FLACSO). Especialista Docente de Nivel Superior en Educación y TIC. (MECyT-INFOD). Miembro de Didáctica Especial y Práctica Docente (FAHUM- UNMDP). Correo electrónico: c_segretin@hotmail.com

² Lic. en Artes Visuales (UNA). Arquitecta (UNMDP). Diplomada en Educación, Imágenes y Medios (FLACSO). Dicta talleres de Artes Visuales en Educación Superior, Primaria e Inicial (ISPEI Eccleston / PEP Mariano Acosta). En este último co-dirige los Proyectos "Intervenciones en Museos" y "Acción Cultural". Correo electrónico: visintin.andrea@gmail.com

folclórico, aunque más infrecuentes en la literatura contemporánea para niños. Imposible no evocar en esta genealogía el hambre del de Tormes o del de La Mancha y, más cercanamente, el hambre de Baitos en aquella misteriosa Buenos Aires. En los relatos para (no tan) niños son de antología el hambre del lobo; el de los hermanos Hansel y Gretel; el de muchos zorros con hambre de fábula y, más acá, el hambre entrañable y de nacimiento que signó a Casiperro del Hambre. La procesión de hambrientos es extensa porque el hambre es tan antigua como la humanidad.

Y el hambre de un niño es el tema de Hugo tiene hambre, de Silvia Schujer y Mónica Weiss. Una dupla creativa que, desde la fina sensibilidad de los trazos gráficos, los colores y las palabras se atrevió con el tema y salió airosa.

Si acaso la mención del hambre desde el título no bastara para comprometer al lector con esta historia, el propio narrador lo convoca ostensiblemente desde las primeras líneas, señalando: “¿Ves? Este que tiene los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, es Hugo.”

Se trata de una historia que pide ser leída y también vista: “¿Ves?”. Y Hugo se define por una actitud corporal y emocional “Este que tiene los codos sobre las rodillas...” y la boca apretada “...como si se hubiera abrochado los labios.” y también por un tipo particular de mirada. En esa boca y en esos ojos se nota el hambre que se siente en la panza. Es un niño enojado, de boca apretada por el hambre y ojos inolvidables, como los de *El pibe*, de Chaplin, cuya figura baja se recorta apenas de los fondos grises de los indiferentes muros de la ciudad, porque como nos explica la ilustradora: “su piel es ‘de pared’, ‘de piso’, ‘de árbol’.” Weiss elige del amplio repertorio del lenguaje visual un elemento sutil y a la vez contundente: las texturas visuales. Y las emplea sin duda para transmitir/hablar de la rusticidad, de lo *áspero*³ que resulta vivir en la calle. Esta huella de lo urbano se expande en los fondos de la mayoría de las ilustraciones y también sobre Hugo que lleva esta huella en la piel y hasta en los huesos.

Este niño nos recuerda a aquel niño de Chaplin, tanto por su actitud corporal como por la manera en que Weiss lo ubica en el plano de la imagen más cercana al *comic* y al lenguaje cinematográfico. Los encuadres desde la mirada del niño se

³ El destacado es nuestro.

combinan con planos generales más panorámicos otorgándole dinamismo a una secuencia gráfica que va y vuelve de lo intimista a lo general. También nos recuerda a Juanito Laguna, el personaje entrañable que Antonio Berni presenta en sus pinturas, rodeado de materia y textura, solitario, entre los desechos de la gran ciudad y también con hambre... La procesión de hambrientos es extensa, como ya se dijo, y no reconoce limitaciones de lenguaje.

Sin embargo, como es previsible en una historia que no se regodea en el hambre y tampoco subestima al lector haciendo de ella un relato moral, el hambre que Silvia Schujer no elude nombrar mueve la fantasía de Hugo y produce una serie de quimeras visuales donde lo visible se funde con lo deseado a partir de las ilustraciones de Mónica Weiss. La calle se puebla de personajes, situaciones y paisajes alucinados, producto de sustituciones que nos recuerdan a Archimboldo porque se utilizan diferentes elementos comestibles para conformarlos, dando lugar a composiciones coloridas y vivaces que remedan la fantasía de los niños.

Así, el niño de esta historia ve en los diferentes paisajes de la ciudad y en los indiferentes transeúntes platos nutritivos, manjares apetitosos y golosinas en una explosión de colores, hipérboles y sustituciones visuales producto del arte y de la variedad de técnicas de ilustración y collage con los que Mónica Weiss atrapa la mirada y engaña el tacto. De este modo, el hambre de Hugo que la omnisciencia del narrador pone en palabras se vuelve inteligible en el contrapunto con la imagen que traduce en referentes concretos algo que, desde la palabra, está sólo sugerido. “Una nena que parece riquísima, un verdadero manjar” se explica visualmente como un plato de fideos por asociaciones disparadas por el color rojizo de su cabello, las pecas que parecen granos de pimienta, entre otros atributos.

El color es utilizado con destreza expresiva y simbólica. Una paleta sórdida alterna con otra de intensa croma a lo largo de la secuencia narrativa proponiendo distintas situaciones: contrapuntos, contrastes, atmósferas. Con el enduido plástico y la cola como materiales de base, Weiss logra texturas variadas, impresas y gestuales, que combina con grafismos. El color sobre esta base se modifica sumando tonalidades y efectos. El collage como técnica le permite a la ilustradora poner a dialogar sus propias imágenes con otras ajenas. Utiliza papeles pegados de diversa procedencia y

los integra en la composición. A veces los arruga para lograr texturas de mayor espesor. También incluye fotografías con las que sustituye parte de la imagen dibujada (una placa radiográfica de un pie, por ejemplo) y papel de diario en operatorias que suman interés visual y refuerzan el sentido. Lo urbano también se hace presente en la tipografía del título de tapa donde el lenguaje del grafitti con la técnica del stencil evoca el arte callejero. Desde este despliegue gráfico, fiesta visual a cuya laboriosa cocina se accede mediante el análisis, es que se verifica también la construcción de un lector implícito capaz de hincarle el diente y darse el banquete.

Finalmente, en el anonimato de la gran ciudad, el hambre y la soledad se suspenden por un reparador encuentro, una inesperada amistad capaz de desabrochar en sonrisas los labios cosidos de Hugo y acallar un poco los ruidos de la panza. No obstante, “Hugo tiene hambre” no viene a naturalizar o convalidar, desde la literatura, el hambre y la adversidad de algunas vidas de niños sino más bien a contarnos una historia en la que el deseo y la necesidad mueven la vida en la dirección de los encuentros (el de Hugo con el perro, el de las palabras con las imágenes, el de Schujer con Weiss). No a la manera de los finales felices de los cuentos de los Hnos. Grimm: “Por siempre jamás”. En un relato sin concesiones moralizantes “...hasta del hambre es posible olvidarse. Por un rato.”